

29.5.96

Pornografía

Hubo un tiempo en que el chileno que viajaba al extranjero se maravillaba ante la posibilidad de adquirir cosas que en el país no había, y atiborraban sus maletas con productos que después, al desplegarlos ante familiares y amigos a su regreso a la patria, concitaban admiración y no poco de envidia.

Ya no sucede lo mismo. En *malls* o supermercados nacionales se encuentra la misma ropa o los mismos licores y alimentos que se exhiben en las tiendas de Nueva York, Londres o París. El precio de este progreso es que los viajes han perdido ya algo de su encanto.

Como chileno que solía viajar, yo hacía lo mismo. Una de las cosas que no me ofrecía mi país era la exhibición de películas pornográficas en salas públicas, así que un día, en Nueva York, con mucha curiosidad y mayor vergüenza pagué cinco dólares y entré a uno de esos cines en pleno Broadway. Al año siguiente, otra vez en Nueva York, repetí la experiencia, pero en esa oportunidad, ya saciada mi morbosa curiosidad de la primera vez, me di cuenta de que estaba perdiendo mi tiempo y mis cinco dólares. En efecto, al llegar al clímax del filme, lo que se suponía era el "plato fuerte" de la

película, yo estaba mirando para otro lado por la repulsión y el desagrado que me producían las imágenes que mostraba la pantalla.

De esta experiencia con la pornografía neoyorkina saqué varias conclusiones. Una, que entre el sano erotismo y la pornografía había un abismo insondable como el que hay entre lo bello y lo feo. Otra, que a diferencia de lo que uno podría pensar, los asistentes a esos espectáculos no eran jóvenes sino personas de edad que procuraban sentarse separadamente los unos de los otros, y que asistían a esos espectáculos tal vez para recordar experiencias de mejores tiempos o con la esperanza de que las imágenes les permitieran recuperar fugazmente una potencia sexual ya extinta. Un moralista llamaría a esos espectadores degenerados sicópatas. Yo los veía, más bien, como seres tristes y



solitarios que trataban de recobrar una ilusión definitivamente perdida. He recordado esta anécdota personal ante la campaña antipornográfica que se ha iniciado a raíz de la denuncia del obispo de Valparaíso. Me parece que el obispo Medina está no sólo en su derecho, sino en la obligación, dada la investidura que ostenta, de hacer estas denuncias, pero al mismo tiempo creo que el mejor caldo de cultivo de la pornografía está en su


prohibición. Es cierto que los niños no deben ser expuestos a la pornografía. Podrían ver como normales prácticas que no lo son, pero en el caso de los adultos con criterio formado, no veo impedimento alguno para que en la intimidad de su hogar tengan material pornográfico, si así lo desean. No comparto desde luego esa afición, pero no advierto la razón por la que el Estado, por medio de su policía, o la Iglesia, de cualquier credo

que sea, deban intervenir en un acto privado que no causa escándalo en otras personas. Nadie tiene derecho a inmiscuirse en la privacidad de otros.

Años atrás Dinamarca legalizó la pornografía. Por un corto tiempo Copenhague pareció ser el paraíso de los pornógrafos. Cuando visité esa ciudad hace cuatro años, me interné por el barrio donde se decía estaban las tiendas y espectáculos porno. Penaban las ánimas. Se advertían locales cerrados y otros que comenzaban a operar en otros giros comerciales. Y es que cuando la pornografía pierde la condición de lo prohibido pierde también toda su eventual atracción.

Mi experiencia neoyorkina me enseñó que la pornografía era algo sucio, desagradable y feo, que no atrae a los jóvenes y cuyo consumo está destinado a algunos tristes, solitarios y melancólicos ancianos. Si no hubiese tenido esa experiencia, tal vez seguiría creyendo que la pornografía es el fruto prohibido de sabor tentador.

Y si alguien me retrucara que con buen o mal sabor la pornografía, ya sea que se la consuma pública o privadamente, es un pecado, tendré a mi vez que responderle que en una sociedad pluralista como la nuestra el pecado no se identifica con el delito.

	DIRECTOR: Jorge Fernández Correa EDITOR GENERAL: Manuel Délano EDITOR DE SERVICIOS INFORMATIVOS: Francisco Jara SUBEDITOR GENERAL: Leonardo Cáceres EDITOR NACIONAL: Libio Pérez EDITOR NOCTURNO: Carlos Monge EDITOR REVISTA DEL VIERNES: Luis Alberto Ganderats	Secretario de Redacción (Sergio Muñoz); Tema del Día (editora: Bárbara Hayes) Política (subeditora: Yasno Lewin); Crónica (editores: Flor Ayala y Jaime Castilla); Temas Emergentes (subeditora: Clara Isabel Pérez); Cultura (editora: María Eugenia Meza); Internacional (subeditora: Claudia Maldonado); Economía (editor: Gabriel Figueroa); Deportes (editor: Eduardo Sepúlveda); Espectáculos (editora: Gracia Dunlop); Fotografía (editor (s): Carlos Espinoza); Diagramación (jefe: Carlos Urrea).	GERENTE GENERAL Y REPRESENTANTE LEGAL: Gustavo Rivera GERENTE COMERCIAL: Hugo Rivas PRESIDENTE DEL DIRECTORIO: Sergio Granados
	Empresa Periodística La Nación S.A. Agustinas 1269, casilla 81-D Santiago Teléfono: 6982222, Télex: 341236 340290 ELANA CK, Fax: 6981059		